

Efímero

Dark Void



Capítulo 1

«Y es difícil volver a amar cuando ha sido el único camino; cuando el único amor que conocías, simplemente se marchó.»

—*Kiss me Slowly, Parachute*

*

«Pasamos por usted a las nueve de la mañana.»

Con esa frase comenzó todo.

Un evento que llegó a mi vida con un objetivo que, hoy por hoy, desconozco.

Lo que sí puedo decirles es que, de todas las cosas que me han pasado en la vida, esta me ha generado innumerables conflictos internos que me han impedido ver lo ocurrido como algo positivo o negativo.

Lo más sabio para mi pobre cabeza que todo lo analiza con exageración ha sido mantener una postura neutral en esto que les contaré.

*

Después de haber preparado todas mis cosas, salí con mis maletas acompañado de mis padres y mi hermana menor. La nostalgia y tristeza que emanaban se notaba a leguas de distancia. Sin embargo, buscaban, de alguna manera, evitar que la misma se reflejara en sus rostros. Creo que eso lo hicieron con la única intención de que mi estado emocional no se viera afectado durante el tiempo que durara mi viaje.

Llegué al punto acordado diez minutos antes de las nueve de la mañana. Desde pequeño me habían enseñado que llegar a un sitio exactamente a la hora que debías era llegar tarde. Lo idóneo era estar entre cinco a diez minutos antes. Eso era la puntualidad.

Sin embargo, esto parecía ser algo que la agencia que contraté para realizar mi viaje no sabía o no ponía en práctica.

Los minutos fueron pasando y no fue hasta que el reloj marcó veinte pasadas de las nueve que en la distancia el autobús en el que pasaría más de doce horas, aplastando el culo en alguno de sus asientos, y contemplando el paisaje a través de una ventana, apareció.

La conversación con mis padres —y las fotos que me tomé rápidamente con ellos—, terminaron. Y mientras yo subía con mi mochila y cobija al

autobús, dejé atrás las despedidas y buenos deseos tanto de ellos, como de mi tía que se había unido a nosotros en la última porción del tiempo de espera.

Ya dentro del autobús, que estaba parcialmente vacío, ubiqué mi puesto. Los últimos dos asientos que quedaban antes de la hilera de cinco que suelen traer estos medios de transporte. De tantas decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, considero que esa, a pesar haber sido elegida con prisa, fue la más sabia. Durante más de diez horas no hubo nadie sentado a mi lado, por lo que conté con el espacio suficiente para encontrar cierto acomodo en medio de lo incómodo del viaje.

Me senté, y a mi lado coloqué mi mochila junto a la cobija que me sería útil en caso de que donde el autobús transitaría; algo que ni yo mismo me creía porque tenía presente que en todo el trayecto haría más calor que en el mismísimo infierno.

Después de dejar de lado toda clase de pensamiento aleatorio, tanto del pasado, presente e incluso futuro, decidí escuchar música un instante. Aunque sabía que no podía excederme con el uso de mi celular para poder conservar la batería lo más que pudiese puesto que no tenía idea de cuándo tendría la posibilidad de cargarla, en ese preciso instante no me importó en lo absoluto. Para mí, la música era un recurso necesario. Tan necesario como lo era respirar.

Recuerdo que lo primero que ubiqué en mi vasta lista de reproducción fue *Adiós* de la banda alemana *Rammstein*. Estaba obsesionado con esa canción porque, más allá del hecho de haberle encontrado aprecio hacía tan solo un par de semanas antes de mi viaje, mi cuerpo entero se deleitaba con el pegajoso ritmo que tenía; más que todo el que era producido con la guitarra.

Cada que pienso en ello, una memoria que sigue tan nítida a pesar de todos los años que han pasado, considero que lo que yo sentí en ese instante era una tristeza camuflada ante el hecho de saber que pasaría mucho tiempo antes de poder ser capaz de tocar nuevamente un instrumento musical. Así como también la culpa de no haberle dedicado tiempo de calidad a mi guitarra solo por haberme sumergido en la idea de que ya tendría oportunidad para ella. Algo que nunca llegó, ni llegará. Puesto que otras manos son las que la acarician y atienden.

Después de dar la vuelta, el autobús retomó su marcha, regresando por la dirección en la que había llegado.

El interior, a pesar de la cantidad de personas que había —que fácilmente sumaban la mitad del total de asientos—, no estaba ruidoso. Sí había un par de conversaciones aleatorias, pero no eran invasivas. Aunque eso a mí no me causaba problema ya que mis auriculares opacaban todo ruido

externo. Gracias a ellos, me desligaba fácilmente del mundo, dejándome consumir totalmente por la música que llegaba a mis oídos a través de ellos.

El trayecto fue relativamente monótono durante esos primeros minutos.

A esa monotonía tenía que sumarle la cantidad de veces que tendríamos que detenernos para recoger a los pasajeros faltantes antes de dar verdadero inicio al viaje más largo que había realizado en mis cortos veintisiete años.

Mi cara a través de la ventana, viendo cómo dejaba atrás al barrio que me había visto crecer no reflejaba nada. En mi interior solo se repetía constantemente un adiós plano. Sin sentimientos. Y creo que cualquiera en mi posición me entendería y se habría sentido igual.

Para mí, en ese lugar, más allá de mi familia y un par de amigos, no quedaba nada digno de extrañar. En el barrio, yo fui esa clase de persona a la que todo el mundo te conoce, mas tú a ellos no.

A tan solo minutos de haber salido del barrio, y entrado a lo que era la autopista principal, la brisa que entraba por las ventanas abiertas comenzó a golpearme el rostro con una mezcla de sutileza y violencia. No me molestaba en lo absoluto. Para ese momento, una canción de *Caramelos de Cianuro* se reproducía. A decir verdad, muchas de las canciones no tuvieron un rol tan importante en este relato, y no porque lo haya olvidado, sino que yo voluntariamente elegí no conservarlo.

Soy fiel creyente que cada momento debe ir de la mano con la música; pero para que todo adopte cierto tono especial, el repertorio canciones que ha de formar parte de ese episodio de tu vida debe ser bastante limitado para que el impacto que genere en el futuro sea mayor.

Espero me entiendan, porque la verdad yo no.

El autobús realizó la primera parada. Recogería pasajeros.

Dirigí la mirada hacia el vehículo que se encontraba en el lugar en el que nos detuvimos.

Me intrigaba saber con quiénes compartiría espacio en esa travesía ya que, por situaciones ajenas a mi voluntad, la persona con la que llevaba meses planeando el viaje, no pudo acompañarme. Es decir, viajaría completamente solo.

Mientras pensaba en mi amiga, y en cómo se encontraría por no estar conmigo en ese momento, las personas afuera terminaron de guardar el

equipaje grande en el maletero del autobús, e ingresaron.

En el momento en que eso ocurrió, mi vista se centró en una sola persona: un chico de tez morena y cabello oscuro que se sentaba en uno de los primeros puestos de la hilera izquierda.

Había algo en él que despertaba mi atención. Y no lo digo físicamente. ¿Cómo puedes sacar detalles tan profundos de alguien que va ataviado con un suéter negro, de espaldas a ti, y con el respaldar de los asientos obstaculizando gran parte de su cuerpo? Claro, si tuviese que señalar alguna característica externa de ese joven —que a simple vista me pareció un chico no mayor de veinte años, y que iba ensimismado en su celular, viendo lo que parecía ser una especie de serie o película, dado que la posición del dispositivo y la ausencia de movimiento en sus dedos me hicieron descartar la posibilidad de que estuviese jugando—, era el mechón decolorado en el lado izquierdo de su cabeza.

«*Me gustaría conocerlo*», pensé estúpidamente, recordando que mi habilidad para socializar con desconocidos iba de mal en peor conforme pasaban los días. Más allá de la pereza que me daba conocer gente nueva, los años que pasé aislado del mundo, encerrado en mi propia burbuja, se encargaron de hacerme sentir un asco hasta para mantener una conversación fluida con alguien. Si la otra persona no era capaz de compensar mi pequeño gran defecto con temas que sostuviesen la plática, todo se iba directamente y sin escalas a la mierda. Dejándome una sensación de culpa por no poder estar a la altura de las expectativas que otros pudiesen depositar en mí al momento de conocerme.

Tras contemplar un par de minutos más la silueta del chico del mechón decolorado, volví a dirigir mi vista hacia la ventana. Para nadie es un secreto que, si en ese instante hubiese seguido viéndolo por más tiempo, las demás personas alrededor lo habrían notado, catalogándome como una especie de persona extraña o acosadora. Y la verdad es que ser objeto de críticas de tal magnitud no era algo que quisiera que se repitiera en mi vida.

Una hora después, cuando el bus finalizó la búsqueda de pasajeros, se dio inicio al verdadero viaje. En ese momento, saqué el celular y le avisé a mi mamá que empezábamos a dejar la ciudad. Con un par de mensajes de que todo estaba bien, me concentré en la música a través de mis audífonos, y en echarle un par de miradas aleatorias y bien discretas al chico de mi interés. Pensaba que si, por designio de los dioses, él volteaba, aunque fuese un pequeño instante, pudiese cruzar alguna señal visual con él y así dar pie a conocernos.

Pero no pasó. Esa criatura iba tan concentrada en su celular que todo a su alrededor carecía de importancia. Aunque no lo culpo. De no ser por su aparición, esos días de viaje no habrían tenido el más mínimo valor para

mí.

Entre canciones en aleatorio que se mezclaban con la brisa que entraba por la ventana, las conversaciones que viajaban de un extremo a otro, formando una extraña historia sin pies ni cabeza, y la música que reproducía el chofer del autobús, una hora pasó y llegamos a la siguiente ciudad.

Cada que pienso en ese lugar, me da risa el apodo con el que muchas personas del país lo conocían. «La aldea oculta entre la arena». Un nombre que curiosamente encajaba a la perfección con las condiciones de esta ciudad, puesto que la misma se encontraba después de pasar unas enormes dunas de arena que constantemente se movían; y si no se les prestaba atención, serían capaces de cortar por completo la conexión entre ambas zonas.

He de aclarar que el nombre surgió gracias a una serie animada japonesa que es imposible que ustedes no conozcan ya que el mundo se encargó de explotar la franquicia de las mil y un maneras posibles.

Tan pronto pasamos el peaje, hicimos una pequeña parada cerca de otro autobús. Por las palabras intercambiadas entre los guías de la agencia de viajes que contraté y el chofer, la otra unidad formaba parte del equipo.

Un intercambio de pasajeros se llevó a cabo entre unidades, incluyendo a uno de los asesores —quien justamente era con el que yo me comuniqué todo este tiempo para la reservación de mi asiento—. Por un momento deseé también haber formado parte de ese grupo de personas que abordó el otro vehículo, pero agradezco a la vida que eso no ocurriera. Primero porque el chico de suéter negro y mechón decolorado seguía en su puesto; segundo... Eso es algo que sabrán más adelante.

El calor se intensificó. Ya eran cerca de las once de la mañana, y si de por sí mi ciudad era un horno por las altas temperaturas que poseía, «la aldea oculta entre la arena» era peor. Ese lugar ni brisa recibía como para refrescar un poco a las personas que eran abrasadas constantemente por los rayos del sol.

Con un par de vueltas a la manzana, cruces por varias calles y diminutas paradas en las que algún peatón que conocía a los líderes del viaje, llegamos delante de un grupo de personas que tenían más equipaje que ganas de vivir.

Si les soy sincero, no reparé en las personas como tal. No había nadie que despertara mi atención como para dedicarle más de una mirada dos segundos. Lo único que me preocupaba en ese momento era que llegase alguien fastidioso a ocupar el puesto vacío a mi lado, robándome la paz que estaba acumulando a pesar de las condiciones generales de mi

entorno.

Habiendo dado fin a la organización de equipaje en los maleteros y que los nuevos pasajeros se ubicaran en sus respectivos asientos, nos pusimos en marcha por enésima vez.

Creía que finalmente dejaríamos la pequeña ciudad. Qué tonto fui.

Cuando el bus tomó la vía que llevaba a la salida de la «aldea», las cosas dieron un giro inesperado —y con cosas también incluyo al maldito carro—.

Mi desconcierto era notable. Menos mal no había nadie a mi lado que hiciera la estúpida pregunta «¿Qué te ocurre?», porque la respuesta que le fuese dado me habría generado incomodidades.

Fue cuando, después de un par de cruces entre calles un tanto estrechas, y una parada al lado de un inmueble con una cerca de barrotes delgados de color blanco, que supimos el motivo de lo que sería un retraso de unos veinte minutos quizá: nuestro compañero vehicular presentaba un inconveniente.

Se decía que sería algo rápido de solucionar, pero la espera, aunque corta, se nos hizo eterna y molesta porque el calor del mediodía tenía rato respirándonos en la nuca.

Aunque no lo parezca, en ese mugroso lugar pasamos unas dos horas aproximadamente. Desde la vez que fui a visitar a mi ex novio por allá en los años de la pera, no había pasado tanto tiempo, y menos innecesario, en tan fea localidad.

¿Me creerían si les digo que internamente estuve festejando cuando por fin salimos de ese agujero? Ya había comenzado a creer que estaríamos anclados por toda la eternidad, pagando una pena sin razón alguna.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos de viaje, los cuales pasé pellizcando un poco lo que originalmente era mi almuerzo —que no pude disfrutar como era debido porque a mi estómago le dio por cerrarse tan pronto subí al bus—, llegamos a la primera parada obligatoria, que se suele hacer cuando se realiza un recorrido extenso como el que realizábamos nosotros.

Descendimos todos. Por regla general, no debía quedar nadie dentro, ya que el autobús era cerrado por completo, y permanecería así el tiempo que durase la parada. Al final del día, estas se realizaban para estirar el cuerpo, consumir algún alimento o bebida, ir al baño, y cualquier otra actividad que quisieras realizar, siempre y cuando estuviese dentro de los

minutos que te eran otorgados.

Como mi deseo de conocer al chico del cabello decolorado seguía intacto, me dije que aprovecharía la oportunidad para realizar el primer acercamiento. ¡Ríanse de mí! Los invito a unirse a mí por tan tonto pensamiento de mi yo de esa ocasión.

El chico, cuyo nombre mantendré oculto hasta que llegue el momento correspondiente para respetar la cronología de los sucesos, mantuvo una postura o, mejor dicho, expresión—, que no me permitió acercármele en lo absoluto. Algo que yo llamaría una «Magistral Cara de Culo».

No entraré en detalles de lo ocurrido en ese lugar tan visualmente desgastado, porque no vale la pena. Lo único que resaltaría aquí es que, en comparación a lo que estaba almacenado en mis memorias, la estructura y alrededores de esa «estación de paso» habían sufrido más daños que mejoras.

Las personas se centraron en diferentes acciones: unos aprovecharon la ocasión para fumar sus cigarrillos, otros, para ir al baño —donde me incluyo—, y la gran mayoría, en la que se encontraba el chico del mechón decolorado, dedicaron todo el tiempo para consumir algún alimento adicional a lo que quizá ya cargaban consigo desde que inició el viaje.

El calor era tolerable gracias a la brisa que soplaba.

Autos llegaban y se iban.

Personas entraban y salían del establecimiento, intercambiando conversaciones triviales. Incluso había quienes, por coincidencia, se cruzaban con algún conocido e invertían unos minutos para ponerse al día con las novedades.

Llegó la hora de irnos.

Internamente me encontraba lleno de impotencia porque no logré el objetivo de acercarme al condenado muchacho.

«*Ya tendré oportunidad*», me dije internamente mientras llegaba al frente de mi asiento, recogía la cobija y me sentaba a esperar que todo estuviese en orden y dejáramos atrás el lugar.

Además de eternas, las horas que trascurrieron después de eso fueron enteramente monótonas, aburridas. Las personas en los asientos cercanos al mío tenían una rumba de temas de conversación que me parecieron las culpables del dolor de cabeza que se comenzó a presentar en el lado

izquierdo de mi cara.

Entre experiencias personales, hijos, edad, estudios, planes a corto, mediano y largo plazo, destinos a los que cada quien se dirigía y cosas que ellos consideraban «hilarantes», ese grupo de nueve personas se entretenían, mientras yo maldecía internamente el hecho de no tener su habilidad para socializar con tal rapidez.

El único instante en el que me dirigieron la palabra fue cuando uno de los chicos que conformaba una adorable parejita sentada delante de mí —un chico moreno bastante alto, y que fácilmente tenía unos treinta o treinta y cinco años—, me preguntó si de casualidad yo tenía «llave» para extraer la bandeja de SIM card de su móvil. Situación que me dejó con cara de póker gracias a su comentario «¡Tú sí vienes preparado!».

La respuesta que navegó por mi cabeza, y opté no decir en voz alta, fue: *«¡De bolas, maricón! Estoy viajando fuera del país, es lógico que deba ir preparado»*.

Solo sonreí y guardé la llavecita en mi billetera en el instante en que me fue devuelta.

Abro un pequeño paréntesis aquí para mencionar que, de esas nueve existencias humanas tan irritantes, una de ellas me produjo gracia y a la vez pena. Les cuento por qué.

En medio de las pocas veces que le presté atención a cada uno, me percaté de que, diagonal a mi izquierda, un chico flaco, negro y más feo que un carro por debajo, llevaba un tatuaje oscuro en su nuca.

Tal vez si se tratase de algo simbólico o de gran relevancia habría sido aceptable. Pero ¿quién en su sano juicio, siendo más oscuro que el carbón, y tan flaco que parecía una varilla de incienso cada que fumaba un cigarrillo, se tatúa en el cuello «Real hasta la muerte»?

Bien, volvamos al tema principal.

La tarde avanzaba gradualmente, la temperatura había pasado de ser atosigante a tolerable. No iba a cambiar pronto, ya que estábamos acercándonos a uno de los estados más calientes que poseía el país, donde las temperaturas sí que eran elevadísimas, y el sol, tan caliente que, si pasabas demasiado tiempo expuesto a él, corrías el riesgo de derretirte.

Bueno, no tanto así. Pero sí era una zona increíblemente calurosa y desagradable tanto para el que está acostumbrado como para el que no.

De pronto sentí una ligera nostalgia.

Después de más de diez años pasaría por la localidad donde mis abuelos paternos y un par de tíos vivían.

En el instante en el que vi las primeras tiendas del pueblo donde en varias ocasiones pasaba unos días de mis vacaciones de verano, fijé mi mirada hacia las ventanas de mi izquierda. No la despegué ni un solo instante. Quería ver si me era posible divisar la casa de mis abuelos una última vez. No podía mentirme a mí mismo con la falsa esperanza de que sabía cuándo volvería.

Sin embargo, no lo logré.

Mi memoria me falló por primera vez en muchos años.

Las casas pasaban, una tras otra, pero ninguna cumplía con las características que estaban almacenadas en mis recuerdos.

Con cierta tristeza, dejé de mirar por la ventana izquierda cuando había considerado que la distancia recorrida ya era notable y la morada de mi familia había quedado varias decenas de metros atrás.

No recuerdo qué trivialidades pensé, pero quedé absorto durante un largo rato. Cuando volví en mí, fue en el momento en el que el autobús realizaba una pequeña parada, pero no de descanso, sino porque se rumoreaba que el puente por el que íbamos a cruzar se encontraba cerrado en ese preciso instante.

Vehículos distribuidos aleatoriamente por la carretera, y numerosos efectivos militares era todo lo que se veía en ese lugar. Afortunadamente, la noche ya estaba cayendo, y no había riesgos de ser aniquilados por el astro solar.

En el tiempo que permanecimos allí, un par de hombres aprovecharon la oportunidad para orinar; yo estaba deseando hacer lo mismo, pero cuando me armé de valor —ante el miedo de que me llamasen la atención—, el asunto del puente se había solucionado y era momento de retomar el viaje.

Me saltaré eventos innecesarios como el cruce eterno del puente, la segunda parada forzada en la que pude vaciar mi vejiga, y las canciones que iban sonando en el autobús —en su mayoría bachatas conocidas por todos los pasajeros—, y les presentaré lo que fue otro de los puntos más relevantes de esta aventura.

Bienvenidos a la segunda parada de descanso. Lugar en el que, gracias a uno de los asesores de la agencia de viajes —con el que estuve en

contacto para la reservación de mi asiento, y quien se había trasladado de bus al llegar a la «aldea oculta entre la arena»—, tuvimos que esperar un aproximado de tres horas.

Si se preguntan el por qué, ya los pongo en contexto.

Cuenta la leyenda que la asociación de la agencia tenía previsto que el viaje se realizara en conjunto con dos buses. Los mismos tenían que ir a la par para que el inconveniente con los peajes que se encontraran por el camino no obstaculizaran ni le hicieran perder el tiempo a nadie.

No obstante, a nuestro querido asesor —terco como una mula—, se le ocurrió la brillante idea de ir a su ritmo. Acción que casi le cuesta su carrera, ya que, más allá de hacernos perder el tiempo a nosotros, causó furor en la comunidad de pasajeros que viajaban con él.

En palabras más simples, su necesidad hizo que en cada peaje los retuvieran más del tiempo requerido realizando la revisión de todos y cada uno de los bolsos que se encontraban en los compartimientos de equipaje.

Aun así, eso para muchos —por no decir todos—, fue una gran ventaja, pues aprovechamos de cargar los celulares. Además de que tuve mi segundo intento de acercarme al chico Cara de Culo del mechón decolorado.

Aunque no debería tomarme la molestia de mencionar lo que pasó, puesto que todo se resume a una sola cosa: señor Cara de Culo me ignoró mi intento de socializar con él a pesar de tenerme al frente.

Para mí todo a su alrededor me parecía incómodo.

Lo único salvable en ese momento fueron las dos mujeres que compartían mesa con él: una señora que lo acompañaba, y una chica que formó un vínculo social temporal con varios de nosotros.

Mi ansiedad hizo aparición notable, obligándome a estar pendiente de la carga de mi celular cada cinco segundos.

Quería mantenerme alejado de ese muchacho. Había perdido mi dignidad, una que llevaba horas reuniendo para usarla en la primera oportunidad que se me presentara. Y todo por nada.

Después me reclaman porque no me integro a la sociedad ni busco crear nuevos vínculos amistosos con nadie.

Con el celular cargado al 100% y aún sin poder entrar al autobús a recostarme, estuve deambulando de un lado a otro mientras las horas

pasaban. Conversando con mi mejor amigo que se encontraba en el país y ciudad al que iría; dándome una noticia que era positiva para muchos, pero yo no podría aprovechar dadas las condiciones adversas que esta traía consigo.

Y sí, sé que todo parece negativo. Apenas llevaba trece horas de camino y lo único agradable era que seguía respirando. Creo que, si en ese momento alguien me decía «ven, yo me subo a tu espalda y te la trueno... con mi carro», habría aceptado sin vacilar.

Ok, no. Tampoco así.

No crean en mis inventos.

Ya a las doce de la noche, llegó lo que esperábamos. El autobús lleno de pasajeros totalmente enfurecidos por el momento tan desagradable que les hicieron pasar.

Su llegada no significaba que ya podíamos irnos. Al contrario, teníamos que esperar que ellos también descansaran, comieran y se estiraran un poco. Sería injusto que no les permitieran eso.

Al subir al autobús, uno de los chicos que iba en los asientos finales me dijo que si podía utilizar el asiento que yo tenía desocupado. Expresó su deseo de dormir con relativa tranquilidad, y allí detrás no lo lograría.

Si quedaba profundamente dormido, al primer movimiento brusco que hiciera la unidad vehicular, él rodaría por todo el pasillo, deteniéndose únicamente al chocar contra el protector interno del motor que se encuentra justo al lado del chofer.

No le negué su deseo. A fin de cuentas, no soy alguien tan cruel.

Sin embargo, lo que me causó gracia tanto en ese momento como ahora mismo que les escribo esto, es que el chico cayó en un sueño profundo que ni siquiera le permitió darse cuenta que iba dándose constantemente en la cara con mi hombro. Pobre hombre. Si los golpes le fueron transmitidos a su aventura onírica, no me imagino de qué manera sería.

Yo también aproveché de dormir un poco. O al menos hice el intento, porque ya ni ganas tenía de cerrar mis ojos y descansar porque, cada que lo hacía, debíamos estar alertas porque llegábamos a un peaje.

Fue cerca de las cuatro de la mañana que el autobús fue reduciendo su velocidad, y encendiendo todas sus luces.

De las cosas dichas esa madrugada, la que más resuena en mi cabeza al recordar esa aventura era la advertencia de que no bajáramos hasta que

se nos indicara.

Uno a uno fue recogiendo su equipaje de mano y dejando la unidad vehicular.

Luego que las maletas grandes fueran entregadas a cada uno de sus propietarios, un grupo de personas con expresiones serias se nos acercó para darnos las nuevas instrucciones: seríamos divididos en pequeñas porciones para luego abordar cuatro vehículos todoterreno que nos ayudarían a cruzar el límite fronterizo entre los dos países.

Cuando escuché esa información, sentí un alivio extraño. No había que cruzar la famosa «trocha» por otro medio que no fuera en automóvil.

Y esto lo menciono porque varios de mis conocidos que habían viajado anteriormente hacia el mismo destino que yo tenía en esa época, las condiciones de cruce eran inseguras. Incluso atentaban un poco contra tu integridad.

Como sea, tras finalizar todo el proceso de comprobación de identidad de las personas que viajaban —incluyéndome—, abordamos todos los vehículos previamente preparados y continuamos.

Ese fue el peor trayecto que hubo en todo el viaje.

Con eso podría resumir esa hora de viaje.

Pero para que entiendan el porqué, les haré un breve resumen.

El camino era irregular. Al no estar asfaltado, había baches por todos lados. Los carros, o al menos en el que yo viajaba, saltaba cada cinco segundos y de izquierda a derecha.

Nosotros —más que todo los dos que íbamos en el extremo final del vehículo—, debíamos prestar mayor atención a los equipajes ya que se podrían caer con alguno de los saltos que se producían.

Lo único relevante o agradable de ese trayecto fueron las risas que no faltaron. Más que todo por una de las maletas —y la más grande—, que había en el equipo.

El compañero que también vigilaba el extremo de la camioneta bromeó preguntándole a la dueña del bagaje que si ahí dentro ella transportaba un cadáver. Y lo decía por el tamaño de la misma. Fácilmente, sus dimensiones eran un poco mayores a las de una nevera ejecutiva.

No podían culparnos por generar humor con ese tema.

Como cosas misceláneas que pasaron por mi mente, les confieso que, por el paisaje nocturno y campestre por el que íbamos, llegué a imaginar que algún ser paranormal podría aparecer e intentar asustarnos a alguno de nosotros.

Después de un segundo cambio de vehículo —ya en el vecino país—, y unos minutos más de carretera, llegamos al nuevo punto de destino.

Eran las seis de la mañana.

Como no habíamos dormido, el humor estaba a flor de piel. No solo en mí, sino en todos los demás.

Tuvimos una larga espera allí de pie, viendo distintos carros, buses y camiones pasar frente a nosotros —aturdiéndonos con el ruido que generaban—, antes de que llegaran por nosotros.

Como lo que viene no es tan importante, también lo voy a comentar brevemente. Ya que lo que tiene mayor relevancia ocurre unas cuatro horas más adelante.

El autobús realizó una parada al poco tiempo de recogernos, allí adquirimos líneas telefónicas de dicho país, fuimos al baño y desayunamos.

De ahí todo fue súper rápido y ya a las nueve de la mañana nos encontrábamos frente al hotel en el que nos hospedaríamos un par de horas mientras nos asignaban el medio de transporte que nos llevaría hasta nuestro último destino. O al menos en mi caso era así.

Nos dividieron en dos grupos. Damas en una habitación, caballeros, en otra.

Si ven que está perezosa la narrativa, y consideran que tengo pereza. Es porque es así... Lo peor del caso es que no dejo de escribirlo porque ya voy a mitad del cuento. Y un chisme se debe presentar en su totalidad.

Al terminar de ducharnos, los caballeros nos dividimos. En la habitación solo quedamos el chico de mechón decolorado y yo.

Pueden cogerle aprecio a es pobre alma en pena por no ignorarme la pregunta que le realicé para saber hacia dónde se dirigía. Curiosamente, nuestro destino era el mismo. La capital del país.

En los escasos minutos de ruptura del hielo ocurrieron cosas graciosas. Como, por ejemplo, hacer comentarios sobre qué programación podría

tener un televisor ubicado en la habitación de un hotel de mala muerte. Esa interrogante fue realizada por mi nuevo conocido al tiempo que se levantaba, y buscaba el control remoto —que nunca apareció—.

Al no conseguir nada, resignado, se dispuso a configurar la plantilla de canales del aparato de manera manual. Para sorpresa jocosa, solo había programación nacional.

No, chicos. Ese condenado aparato no tenía ningún canal para adultos a pesar de estar en un hotel de quinta.

Qué pésimo servicio para los clientes de ese lugar.

Entre conversaciones aleatorias, y momentos de humor. El chico, cuyo nombre era Manuel —información que supe no por él, sino por la señora que lo acompañaba—, y yo decidimos hacer un par de diligencias mientras se hacía la hora de continuar.

Antes de salir del hotel, los asesores de la agencia de viajes nos pidieron nuestros documentos de identificación para realizar la compra de los boletos. Pasaron primero por el cuarto de damas, y luego se dirigieron a nosotros.

Hicimos un rápido recorrido por las cercanías del hotel, visitamos un par de casas de cambio, conocimos el terminal de pasajeros e incluso nos mojamos gracias a la lluvia que cayó en pleno camino.

Internamente, yo iba contento. Súper emocionado porque había logrado entablar comunicación con señorito Cara de Culo, y que todo estaba surgiendo de una manera que no resultaba forzada.

Todo tema que tocamos en ese tiempo fue meramente de su pequeño conocimiento de la ciudad en la que estábamos y a la que íbamos, ya que un par de años antes él ya había viajado sabía desenvolverse un poco.

Aunque la verdad es que no todo fue color de rosa. Porque una situación que para él ya debía haber sido fácilmente manejada por no ser primerizo en el país, le ocurrió exactamente de la forma en la que mi padre muchas veces me advirtió antes de embarcarme en este viaje.

Pero no diré qué fue lo que ocurrió como tal porque es algo incómodo.

Con todo ya en orden —incluyendo el almuerzo que compramos y comimos a medias porque no había apetito suficiente sino malestares estomacales—, nos trasladamos al siguiente punto: una casa ubicada más cerca del terminal, y lugar en el que se nos entregarían los boletos de

viaje, junto con nuestras identificaciones.

No imaginan lo estresante que fue estar allí. No por la gente ni el ruido urbano, sino el calor que se presentaba. Yo me quejaba internamente porque esperaba una zona un poco más fresca en comparación con el país del que yo provenía, pero no. Entre ambos lugares había una competencia por saber quién podía derretir a su gente más rápido.

Pero todo lado negativo tiene su positivo.

Estando ya dentro de la casa a la que nos enviaron, tuve una mejor imagen de las personas que tenían el mismo destino que yo. No éramos muchos. Si llegábamos a diez era un milagro.

Lo bueno de todo es que eran amigables.

O así me parecía.

Al final del día, quien me interesaba como tal era el chico del mechón decolorado.

Discúlpame si no digo mucho su nombre, el apodo suena más bonito para recordarlo a él.

Al cabo de unos minutos nos llama una chica.

Comenzó a decir nuestros nombres, uno a uno.

Era la encargada de entregarnos los boletos e indicarnos el asiento que teníamos asignados.

En cierto punto de sus llamados, mencionó a Manuel. Nombre completo y número de asiento. Todo bien hasta allí.

Lo gracioso, curioso y sorprendente viene a continuación.

Cuando la chica dice mi nombre y número de asiento, quedé ligeramente perplejo. Creía haber escuchado mal. O quizá un error. Pero no fue así.

El asiento que me destinaron era justo al lado de Manuel.

Cosas extrañas de una vida llena de enigmas.

La vecina, y amiga, de Manuel se quejó. Alegaba que ella era quien viajaba con él.

Por un momento cedí y le ofrecí cambiar mi asiento con ella —deseoso de que se negara para yo poder disfrutar mi viaje junto al señor Cara de

Culo—. Ella me miró un par de segundos y, tras considerarlo, rechazó mi oferta, diciendo que todo estaba bien. No tendría problemas porque ella iba acompañada de una nueva amiga que había hecho horas antes.

Lo gracioso de esta historia es que la señora quedó en un puesto diferente al de la chica que creía sería su compañera.

Ya habiendo finalizado la entrega de boletos, salimos de la casa con todo nuestro equipaje, dirigiéndonos al terminal de pasajeros para abordar el bus que nos dejaría ya en nuestro destino final.

Mientras hacíamos fila para que nos autorizaran la entrada al bus, Manuel, su vecina y yo aprovechamos la oportunidad de tomarnos una foto. Estábamos físicamente destruidos, pero no nos importaba. El tener que viajar juntos lo convertía en una ocasión especial.

Han pasado años de años, pero aún sigo conservando esa fotografía. Es tanto el aprecio que le tengo que, además de estar en digital, también la llevé a un formato impreso y la enmarqué —tal y como se hacía en la época de mi infancia—. Le veo un valor único a dichas acciones.

Si algún día visitan mi casa, podrán encontrarla sobre el escritorio de mi estudio.

Una vez dentro del autobús, nos ubicamos en nuestros respectivos asientos. Señor Cara de Culo tuvo la dicha de ocupar el lado de la ventana, mientras que yo debía conformarme con la vista pasillo. Pero no me importaba, en realidad. A fin de cuentas, mi emoción estaba en ascenso porque compartiría unas buenas horas de viaje con el chico que había despertado mi interés el día anterior.

«Qué triste que este viaje solo vaya a durar unas doce horas», pensé con cierto desánimo al recordar que todo lo que tenía era un par de horas para disfrutar la compañía de Manuel y entablar un vínculo social lo suficientemente estable para que, cuando llegase el momento de separarnos, mantuviésemos la comunicación por otros medios.

El compañero del chofer del autobús dio unas indicaciones acerca del uso del tapabocas, dado que todavía era necesario mantener las medidas de bioseguridad por la salud de todos nosotros.

Eso dio inicio a un extraño —increíblemente extraño—, juego entre Manuel y yo.

Tan pronto mencionaron los tapabocas, señor Cara de Culo se tomó el atrevimiento de ajustarme el mío que estaba descansando tranquilamente en mi barbilla. Lo hizo con un rápido movimiento que no dejaba de ser sutil. Le dirigí la mirada por reflejo y él —con una expresión de seriedad

fingida—, me repitió lo que acabábamos de escuchar.

Eso se repitió un par de veces en la primera hora de viaje. En ese punto, yo ya me había sumado al infantil juego de «ajústate el tapabocas». Incluso ocurrió algo más gracioso, teniendo todo en orden, yo perdí la secuencia y distraído en la conversación con él, actué por reflejo y le bajé el cubre bocas.

Manuel me miró con una expresión que decía: «¿Qué hiciste, we?». Pero no pasó de un par de risas, antes de que él repitiera lo mismo que yo.

Cuando realizamos el intercambio de números telefónicos para que me enviara la foto que nos habíamos tomado fuera del bus, descubrí algo: este Manuel ya yo lo conocía. No directamente, claro está. Sino a través de un tercero —mi mejor amigo—, quien una vez me compartió su foto. Mas como en fotografías uno difícilmente se parece a cómo es en la realidad, no lo reconocí al principio.

Con esto no quiero decir algo en su contra, ni nada por el estilo. Solo es un comentario general y que no se aleja de la realidad.

Si están preguntándose si le mencioné algo al respecto de su identidad, déjenme decirles que no lo hice directamente. Sino de una forma sutil, con unas palabras que, a decir verdad, borré de mi banco de memoria.

Lo hice simplemente para conservar los recuerdos que sí valen la pena.

Conversaciones iban y venían acerca de lo que hemos hecho con nuestras vidas, la vista a través de la ventana pasó de estar iluminada a ser oscura. La noche había caído y con ello más sucesos graciosos.

El frío que hacía dentro del autobús obligó —digo yo, no sé si fue verdad—, a Manuel a utilizar una porción de mi cobija. Sí, muchos dirán que es extraño, pero a mí no me pasó ninguna idea por la cabeza. Estaba completamente neutral en pensamientos.

Y así estuve un largo rato.

En un punto del trayecto, noto una extraña sensación en mi pierna derecha. Sabía de qué se trataba. No soy tan pendejo como para no captar unas señales por más diminutas que sean —bueno, a veces sí lo soy, pero en esa ocasión no lo fui—. Fingí no darme cuenta y seguí hablando como si nada fuese pasado.

Sin embargo, lo que yo venía presintiendo se fue haciendo más evidente: Manuel estaba, intencionalmente, rozando su pierna contra la mía.

Por dentro yo estaba saltando estúpidamente de emoción y al mismo tiempo riéndome del vago intento que mi compañero de viaje estaba realizando. A pesar de eso, no me inmuté. Quería ver hasta dónde podría llegar todo.

Y todo llegó al punto en el que Manuel se cansó de un acercamiento sutil con su pierna y, sin importarle nada más, con su mano debajo de la cobija, levantó mi pierna derecha y violentamente situó la suya debajo.

Si hoy en día me río estúpidamente al recordar sus acciones, imagínense la intensidad de mis carcajadas internas cuando eso ocurrió.

Ya con mi pierna sobre la suya, supe sin duda alguna que tenía vía libre para tener mayores acercamientos a Manuel.

Tengo una vaga diferencia entre este suceso y otro que ocurrió esa noche, pero la mencionaré sin ocupar el orden cronológico ya que ambas cosas vienen de la mano. No me culpen, han pasado varios años desde ese día, y por más memoria a largo plazo que yo posea, siempre habrá una ligera variación.

Como sea, continúo.

Él comenzó a hablarme de una película —que casualmente llevaba en su celular—: «El Fotógrafo». En ese momento, yo claramente afirmaba no haberla visto, y mentira no era. Pero les adelanto que, a medida que el filme avanzaba, tuve diversos *Déjà vu*. Sentía que ya había visto eso, o presentía lo que iba a pasar. Sin embargo, disfruté la película como no lo imaginan.

En vista de que no había ningún soporte para colocar el celular de señor Cara de Culo y ver la película con tranquilidad, tanto él como yo nos alternamos a sujetar el dispositivo móvil. Claro, no sin antes él comentar algo como «No es justo que solo a mí se me canse la mano», a lo que yo le respondí, parafraseando mis palabras, «Pues sí, si es justo». Con eso recibí una expresión que reflejaba sentirse ofendido. Aunque era fingido.

Sí, puede que se pueda catalogar como una frase doble sentido. Pero ¿para qué arruinar el momento?

Ese comentario suyo fue una vil excusa para comenzar la segunda fase de su juego.

Tan pronto yo sujeté el celular con mi mano izquierda, él inició un recorrido con la suya —debajo de la cobija—, para rozar, y posteriormente tomar mi mano derecha y entrelazar ambas.

Sí, los sucesos iban demasiado rápidos, pero la sensación era agradable.

Las personas a nuestro alrededor iban ensimismadas en sus celulares, o en las aburridas películas que estaban siendo proyectadas en los televisores fijados en la parte superior del bus.

Cuando la película terminó, intercambiamos opiniones al respecto, y luego de eso, sutilmente toma mi celular y empieza a revisar mi lista de reproducción, con la intención de saber si había algo en lo que pudiésemos coincidir.

De las aproximadamente 900 canciones que yo tenía almacenadas —sí, todas las escucho—, Manuel, de tanto en tanto, hacía un comentario de conocer algunas.

De pronto, se detuvo. Pensé había terminado de ver la lista, pero no era eso. Él comenzó a hablar.

*«Te voy a recomendar unas canciones que son mis favoritas. Una de Lady A, que es la que recuerdo en este momento —luego te diría que escuches otras—, y se llama **Just a Kiss**. Y estas otras que se llaman **Ocean**, **Better**, **Say you Will**, y mi favorita de todas **Kiss me Slowly** de Parachute».*

En ese instante, mi corazón dio un salto.

Y lo hizo por dos razones.

Una de ellas era porque la última canción que él mencionó era una que había conocido un año y medio atrás. No fue por recomendación de nadie. Fue navegando por internet que la encontré.

Una canción que llevaba una década en internet, la conseguí tiempo antes de mi viaje. Aún sigo pensando que el único objetivo de ese encuentro musical fue para tener una especie de vínculo diminuto con ese joven que iba viajando a mi lado, y quien me miraba con ligera sorpresa puesto que, la segunda razón se encontraba en mi celular.

Mi mirada se había dirigido al dispositivo y, por acción reflejo, usé mi dedo para señalar la pantalla.

Allí, justo donde Manuel se había detenido para hablarme, se encontraba reflejada la canción que él acababa de mencionar.

No recuerdo si la escuchamos en ese momento, quiero creer que sí.

Así como también quiero creer que en él se produjo una ligera sorpresa al descubrir eso.

Una media hora después de ese espacio musical, Manuel dice algo que estaba rondando por mi cabeza: «Ojalá apagarán las luces y los televisores rápido». Obviamente lo dijo con la misma intención que ustedes consideraron.

Había ganas de besar.

No solo de su parte, sino también mía.

Pero no podíamos realizar algo así a plena luz. Recuerden que algo entre dos hombres no está bien visto, y menos del país del que vengo.

Tuvimos que reprimir las ganas por un buen rato. Creíamos que a la hora de dormir podríamos saciarnos.

Sin embargo, aunque las cosas se dieron de una forma positiva, las circunstancias se tornaron un poco incómodas.

Cerca de las diez y media de la noche, el autobús se detuvo de repente. Pensamos que sería una pequeña parada o algo parecido, pero no era así.

Delante de nosotros había una unidad vehicular bloqueando el paso. La información que llegó a nosotros era que se encontraba accidentada. Ese bus quedó atrapado en el lodo que se formó en la vía debido a la falta de una capa de asfalto y las condiciones climáticas que mantenían húmeda la zona las veinticuatro horas del día.

Allí comenzó una especie de pesadilla para todos nosotros.

Debíamos pasar toda la noche dentro del bus. La grúa que habían contactado para solucionar el inconveniente no llegaría hasta el día siguiente.

Más allá del hecho de tener que sufrir esa situación inesperada donde el frío era espantosamente fuerte, la inclinación en la que se encontraba el bus en el que viajábamos causó un segundo problema: una ligera falta de oxígeno que producía mareos y otras afecciones. Cosas que se solucionaban al salir al exterior.

Pero ¿creen que alguna de esas personas sería capaz de pasar toda la noche afuera, soportando las bajas temperaturas y arriesgándose a que le

pasara algo?

La respuesta es obvia: no.

Al igual que muchos, Manuel y yo también salimos para tratar de calmar nuestras propias afecciones —mis mareos y sus dolores físicos—. Ambos decidimos cuidarnos uno al otro puesto que, a fin de cuentas, estábamos teniendo un vínculo social y amistoso.

Después de calmarnos un poco, y contemplar la negrura que nos rodeaba —y los aleatorios vehículos que también pasarían lo mismo que nosotros—, decidimos regresar.

No obstante, cuando nos acercamos al autobús, señor Cara de Culo se detiene y se acerca a mí, empujándome contra el vehículo, tomando mi cuello con un movimiento sutil y agresivo y acercando mi cara a la suya; besándome.

La sensación fue un poco tosca, debido a que yo tenía mucho tiempo sin probar unos labios. Ríanse si quieren.

Incluso llegué a disculparme por ello.

Aun así, él lo único que dijo fue: «¿Por qué tienes que ser tan alto?».

Ese pobre niño tenía una curiosa diferencia de estatura conmigo de unos ocho a diez centímetros como mucho.

Al ingresar al bus, se apagaron las luces.

Eso para nosotros era algo increíblemente positivo.

Ya podríamos disfrutar un poco más de nuestro acercamiento.

Dejando de lado la problemática mencionada de nuestro organismo, la noche transcurrió entre besos, caricias, abrazos y más, hasta que finalmente pudimos quedarnos dormidos.

Fue algo incómodo por la posición y la dureza de los asientos, pero ambos pudimos descansar un poco. La mayor parte de la noche, Manuel la pasó durmiendo entre mis brazos.

Un momento muy lindo, a pesar de todo.

A la mañana siguiente, el frío era tan fuerte que exponerse dos segundos a él ya hacía que te temblaran hasta las pestañas.

Aun así, todos tuvimos que descender del bus ya que este se iba a movilizar un poco hacia adelante y necesitaban que la unidad estuviese vacía para ayudar a la grúa —que había llegado sin que yo me diera cuenta—, a liberar al otro vehículo del fango.

De no haber sido por eso, la grúa también habría quedado atrapada.

En el tiempo que las laboras de auxilio vial se llevaban a cabo, señor Cara de Culo, su amiga, la nueva amiga de su amiga y yo nos tomamos un par de fotografías —en las que salimos completamente demacrados por todo el desgaste físico y mental que nos envolvía—, antes de que Manuel y mi persona decidiéramos acercarnos al bus y poder ingresar ya que el condenado frío nos estaba matando.

Gracias a las obras divinas, el asunto del bus atollado en el lodo fue resuelto y logramos retomar el viaje.

A partir de allí, Manuel y yo permanecemos agarrados de manos bajo nuestra cobija. No podíamos siquiera besarnos porque estábamos expuestos.

Por la ventana yo veía el precipicio que nos saludaba.

Sentí un escalofrío al imaginar que pudiésemos caernos al vacío.

«No pienses en eso, y deja de mirar por la ventana», me dijo el chico a mi lado, apretando sutilmente mi mano. Sin embargo, aunque él tenía razón, no podía evitar hacerlo. Y más cuando la carretera era tan angosta que el bus debía moverse con increíble lentitud.

Durante media hora, o más, el trayecto estaba compuesto por curvas. Unas más anchas que otras, pero enteramente curvas. Y el camino en descenso. Aun así, me tranquilicé y centré mi atención en continuar los pocos temas de conversación que surgían en el camino y la temperatura que era transmitida a mí a través de la mano que me sujetaba.

Después de eso, Manuel y yo hablamos de cosas personales. Yo le explicaba los motivos sobre mi aislamiento voluntario a la gente durante varios años, los fracasos amorosos que había tenido en mi vida y mis amistades. Me extendí más de lo necesario —incluso llegué a pensar que el chico estaba aburrido de escucharme—. Por eso me disculpé y corté el tema de forma abrupta.

El pensamiento de «la estás cagando» no dejaba de repetirse constantemente en mi cabeza.

Él comenzó a hablarme de sus tatuajes. «*If not now, then when*», rezaba uno de ellos. Si no me falla la memoria, guarda relación con no perder

oportunidades; o, mejor dicho, no dejar pasar el tiempo. Si no haces algo que quieras o se te presenta ahora, ¿para cuándo entonces?

El otro tatuaje que llevaba en su piel se relacionaba con su padre —qué en paz descanse—, no argumentaré mucho al respecto ya que no recuerdo con perfecto detalle el significado, y argumentar algo al respecto sería una falta de respeto de mi parte a algo tan sagrado para él.

Para cambiar un poco el humor de la conversación y no ser tan apáticos, hicimos un juego sencillo para adivinar nuestras fechas de cumpleaños.

En cierto punto de esa plática, el sueño nos venció y quedamos profundamente dormidos.

No soñé nada. Eso sí puedo asegurarlo.

Lo único que sé es que, cuando nos despertamos, Manuel y yo seguíamos tomados de la mano.

Suena bonito, sí. Y experimentarlo también lo es.

Y así estuvimos largo rato.

Llegamos a lo que sería la última parada de descanso.

De lo más relevante de ese sitio, fue un perro que se nos acercó. Sus grandes dimensiones me hicieron sentir un ligero miedo, pero al ver que el can solo quería atención y cariño, me calmé.

Me culpo a mí mismo por no haberle tomado una foto en ese tiempo. Aunque no es que estuviéramos de buen ánimo para ello. Aunque de los dos, Manuel era quien estaba esforzándose por soportar la molestia física que tenía.

¿El resto del viaje?

Más de lo mismo, sí.

¿Qué esperaban de una historia que se desarrolla en un autobús?

Claro, lo que ocurrió después fue lo siguiente.

Queríamos comunicar algo, hablar algo privado, pero al no poder hacerlo, recurrimos a una técnica súper secreta: el inglés.

Eso fue lo más gracioso que pudimos haber hecho. Aunque logramos entendernos en la gran mayoría de la conversación, la cantidad de

palabras que inventamos o pronunciamos mal fue increíble.

Incluso llegó un momento en el que hasta nosotros nos preguntamos: «¿Qué carajos estamos diciendo?».

Créanme que no imagino qué expresiones tenían las personas a nuestro alrededor viéndonos realizar un espectáculo tan bochornoso.

Lo peor del caso es que nunca llegamos a una conclusión como tal de lo que platicamos.

Hubo un momento en el que Manuel me aconsejó de cosas que serían indispensables por ser mi primera vez en dicho país. Cosas que a él le sirvieron y veía apropiadas compartir conmigo. Expresiones, objetos, palabras diferentes a las que estaba acostumbrado y así.

Nada del otro mundo, pero que, agradezco de corazón me transmitiera.

Además de eso, me presentó lo que para él era una de sus obras literarias favoritas. Tres libros, para ser específicos. Pertenecían a una saga que llevaba por nombre «John Cleaver». Tales entregas eran: «No soy un Serial Killer», «No soy el Sr. Monstruo» y «No quiero matarte» —libro que, en repetidas ocasiones después de recomendarlo, enfatizó ser el favorito y que quería que yo leyese pronto.

Para acelerar el proceso, y que yo tuviese los libros en mi poder, accedió a su correo y me los envió.

Para ese entonces, ya habíamos entrado a lo que era la ciudad destino. Claro, a hora pico.

A esas alturas del viaje, yo me sentía relativamente mejor. Pero Manuel estaba esforzándose demasiado por soportar la condición en la que se encontraba. Incluso su mano entrelazada a la mía era apretada de tanto en tanto debido al dolor que lo atacaba.

Me sentía mal por no saber cómo ayudarlo.

Lo único que deseábamos era poder llegar rápidamente al terminal de pasajeros y respirar aliviados.

No obstante, había algo que a señor Cara de Culo con mechón decolorado le importaba más:

[¿Qué le dirás a tu amiga cuando me la presentes?]

[Eres mi compañero de viaje.]

[¿Y cuándo me despida de ti?]

[¿Qué impresión se llevará?]

[Ninguna. Somos transparentes.]

[Si quieres mostrar afecto, hazlo.]

[No te detendré.]

[Respuesta favorita.]

Sí, ese condenado muchacho estaba más preocupado por lo que pudiese decir mi amiga al conocerlo, y cómo debía actuar, que por su propia salud.

Y si eso no fuera suficiente, tras reenviarme los nombres de las canciones que me recomendaba, me escribió en inglés que necesitaba un maldito abrazo y un montón de besitos.

Suena demasiado gay, la verdad. Pero se sentía agradable.

Finalmente llegamos al terminal de pasajeros. Nuestro último destino. Allí nos despedimos de la amiga de Manuel —habíamos acordado dejarla a ella primero en el taxi que la llevaría a su casa, y luego nosotros a encontrar a mi amiga—.

Entramos a la estructura, arrastrando nuestras maletas y mirando hacia todos lados, tratando de divisar a quien es una hermana de otra madre.

Fue cuando transitábamos por el centro del lugar que encontramos a quienes buscábamos. Hicimos las presentaciones pertinentes. Y de ahí salimos en busca de un lugar en el que pudiésemos organizarnos mejor antes de despedirnos.

Mi amiga nos guio hacia un centro comercial un tanto cerca del terminal.

Manuel hizo un comentario acerca de las zonas verdes de la ciudad y mi posible gusto por ello.

El resto de esa caminata fue trivial.

Mayormente mi amiga preguntando cosas del viaje y eso.

Cuando llegamos al centro comercial, ubicando un baño para arreglarnos un poco el aspecto —lavarnos la cara y el cabello—, Manuel y yo nos

miramos, e inmediatamente coincidimos en lo mismo. Haciendo lo que queríamos desde hacía varias horas atrás. Nos besamos durante un breve instante antes de salir.

Una vez más en el exterior. La noche era fría.

Caminamos un par de cuadras para acompañar a Manuel a tomar un taxi que lo pudiese llevar a su casa.

No crean que le hice invitación a quedarse donde yo viviría.

No sería lo correcto. ¿Apenas yo llegando y ya tenía intenciones de llevar a alguien a quien apenas conocía a casa de mi mejor amiga así sin haberlo consultado con ella?

No. Además, la hermana de Manuel también lo estaba esperando. Aunque no me sorprendería que él hubiese aceptado pasar esa noche conmigo de habérselo propuesto.

Varios taxis se detuvieron ante nuestro llamado, pero ninguno aceptaba la carrera por diversas razones. Lo último que tocó hacer fue llamar un Uber que pudiese cumplir esa misión.

Pasaron unos minutos antes de que alguien aceptara la petición, y tras otro breve instante, un vehículo de color negro llegó justo frente a nosotros.

Manuel, antes de abordar el vehículo se voltea hacia mí, me mira, y me agarra por el cuello, y me acerca hacia él para darme un breve beso. Algo efímero, pero cálido.

Creo que, de haber sabido que esa sería la última vez que lo vería, y besaría, hubiese alargado el momento un par de minutos sin importarme que el del Uber esperase como un pendejo a que su pasajero abordara.

Porque sí. Ese día se dio por concluida la pequeña aventura, o historia, para no sonar tan cruel, de Manuel «señor Cara de Culo» y yo.

Cada que me acuerdo de él lo hago con nostalgia.

Hay muchas cosas pequeñas que conservo, esas fotografías, las recomendaciones y los libros que me envió al correo.

Soy de los que siempre creerá que las mejores cosas que llegan a tu vida no duran mucho. Son efímeras. Por eso debes disfrutarlas mientras puedas.

Conservarlas de alguna manera como si de una fotografía se tratase.

Jamás renegaré de lo ocurrido ni de su duración.

Gracias a ese viaje, lo conocí. Y gracias a él, mi trayecto no fue pesimista ni aburrido.

Dijera que, si tuviese oportunidad de volverlo a ver, lo abrazaría con una fuerza increíble. Como si no deseara soltarlo jamás. Pero eso es prácticamente imposible.

Han pasado muchos años, y después de la noche en la que nos separamos, no he vuelto a saber de él de forma directa.

Lo poco que he sabido de él es a través de la única persona que tenemos en común.

Y el saber que está bien es suficiente como para mantenerme tranquilo.

¿Para qué molestarlo?

Como dice un artista famoso de mi país.

«No me nace escribirle. Siquiera pensar en molestar lo que construiste.»

Bueno, eso es todo. Me alegra que me acompañaran hasta acá. Y si desean insultarme, son libres de hacerlo. No soy quien para juzgarlos. Solo les pido que nunca odien a Manuel el del mechón decolorado. Él tuvo una misión y la cumplió. Y lo hizo bien.

Sentado en el sofá de una casa cualquiera ubicado en algún lugar del mundo, diciembre de 20XX.